

Homero... una invitación constante a sumergirse profundamente en el conocimiento

Juan Esteban Jacobo*

Cualquier cosa que se pueda escribir sobre Homero será incompleta, y por supuesto subjetiva, y no va a dar cuenta de la totalidad de la persona. Por ello, voy a expresar de la manera más concreta lo que significó para mí la enseñanza de la economía y la vida de la mano del profesor Cuevas.

Esta oportunidad de escribir sobre él me permite comunicarles sobre aquel Homero que yo conocí, un Homero que seguramente es diferente al que conocieron muchos otros. Por supuesto, lo que puedo decir es poco en comparación con los que lo conocieron de verdad, pero, sea poco o mucho el tiempo que pude compartir con él, lo seguro es que la grandeza de sus enseñanzas perdurará a lo largo de mi vida.

Las clases de Homero tenían una cantidad de matices que las hacían especialmente llamativas. En apariencia,

cuando el profesor Cuevas entraba a clase era como cuando un actor entraba al escenario. Entraba en silencio al salón, se quitaba el sombrero, el *blazer*, se remangaba la camisa, y miraba alrededor del salón como reconociendo un terreno desconocido. Después de esto, en ocasiones, abría la clase con un chiste. Alguna vez, en la primera clase de microeconomía, nos dijo que esta era como un monje, un monje gordo y glotón. Resulta que el monje se preparó un día un pedazo de carne delicioso, jugoso, suave y lleno de sabor. El monje se estaba preparando para comer su pedazo carne, cuando de repente se da cuenta que era viernes santo. Se pueden imaginar la angustia que sintió el monje, y la paradoja en la cual se encontraba. Mientras Homero nos contaba el chiste, su expresión recreaba la que probablemente sintió el monje, y de un momento a otro, como creyendo que todos habíamos entendido el chiste, estalló en risas el profesor. Por supuesto todos nos reímos también. Algunos porque no entendieron el chiste; otros porque querían hacer pensar que sí lo habían

* Estudiante de octavo semestre de la Facultad de Economía de la Universidad Externado de Colombia. [juanesjacob@gmail.com].

entendido; y otros, y en estos me incluyo, porque la risa de Homero era muy contagiosa.

Este tipo de situaciones eran comunes en sus clases, y sus chistes también aparecían en conversaciones fuera de los salones. Todos los estudiantes tenían la oportunidad de sentarse a tomar un café con él. Nunca se opuso a sentarse a tomar tinto si la charla requería de más tiempo. En mi caso fueron muchas las dudas que fueron surgiendo de la teoría económica después de ver su clase de microeconomía. Esta era sin duda especial. Como en cualquier otra clase, se hacía la exposición de los diferentes temas de la micro ortodoxa, pero junto a ello se explicaban con detalles y referencias los errores detrás de cada una de las propuestas encontradas en estas teorías. Homero decía que tenía que citar a los grandes economistas que apoyan su visión de los errores de la microeconomía de libro de texto, ya que quién le iba a creer a un colombiano del altiplano cundiboyacense. Nombraba con frecuencia a Joan Robinson, a Kalecki; a los clásicos, como Smith, Ricardo y Marx. Pero de quien más se hablaba era de un tal Sraffa. Ese nombre me ha perseguido desde entonces, y sin duda ha marcado gran parte de mi curiosidad académica.

El problema de leer a Sraffa era el mismo problema de entender los chistes

de Homero. Había que saber mucha teoría económica para saber de qué estaban hablando. Podría decir que ambos necesitaban apostillas. Ya se pueden imaginar entonces lo entendido que fue estudiar a Sraffa con las aclaraciones en forma de chiste de Homero. Era una invitación constante a sumergirse profundamente en el conocimiento. Cada vez que terminábamos de hablar sentía tanta curiosidad por tantos temas, que lamentaba mi sentimiento de ignorancia actual, y sentía la necesidad de llenarla con nuevo aprendizaje. Pero no me malinterpreten, Homero tenía la capacidad de hacerme sentir particularmente inteligente, era una sensación de charlar entre dos personas iguales, jamás me hizo sentir inferior en ningún sentido de la palabra. Se preguntarán cómo alguien con tanto conocimiento puede hacerlo sentir a uno así. La verdad, y esto lo digo tan solo por mi experiencia con él, se debe a una enorme tolerancia, un gran sentido del humor, y una curiosidad insaciable por el conocimiento que lo hacía interrogar constantemente las premisas de los grandes enunciados de la teoría económica, incluso los de él mismo.

En diferentes situaciones, Homero parecía divertirse cuando le hacía observaciones a alguno de sus trabajos, me invitaba constantemente a interrogar sus premisas y sus conclusiones, concentrándonos en especial en

aquellos temas relacionados con la teoría del valor. Estas observaciones por supuesto ocurrían solo cuando estaba seguro de haber entendido su trabajo y muchas de las referencias que aparecían al final de sus textos. En ocasiones hablábamos durante un par de horas, o un poco más, mientras cada uno exponía sus puntos de vista. Era difícil que llegáramos a un consenso en nuestras opiniones, pero algo era seguro: siempre salía con mucho conocimiento nuevo y una enorme lista de referencias obligatorias. Una lista que rápido se consumía debido al combustible de motivación por el conocimiento que me llevaba después de cada reunión con él.

Homero nunca pensó menos de mí por mi condición de estudiante, siempre me motivó a hacer de mi pensamiento algo completo, algo que no debía estar acotado por el espacio de un artículo, de un determinado tiempo o de un tipo de público. Me motivó a trabajar sin descanso, a desarrollar lo que yo creía, así fuera en ocasiones contrario a sus propios pensamientos. Odiaba la idea de que el sueño de todo estudiante con aspiraciones fuera algo menos que ser el mejor economista del mundo.

Homero creía ampliamente en las capacidades de todos nosotros como estudiantes, sabía que el estudio de la economía requiere únicamente de la voluntad y la entrega total de la persona. No se necesitan laboratorios sofisticados ni observatorios que impliquen una gran cantidad de dinero. Tan solo se requiere de una buena biblioteca, y una base de datos para estar actualizado en los artículos. Por ello nunca subestimó el alcance de los estudiantes de la Facultad de Economía o de la Universidad Externado, veía en nosotros alumnos con libertad de interactuar con los profesores de una manera amplia. Tenemos todas las ventajas que puede ofrecer una facultad de economía si los estudiantes entienden que no estamos por debajo de nadie, ni tampoco por encima. La enseñanza de Homero, creo yo, recae en esto: en valorar el conocimiento interno, en no creer que por ser colombiano, externadista, rico, pobre, negro o blanco, se es más o menos que otro. Adoptemos una postura crítica, defendamos nuestros puntos de vista con argumentos, seamos autónomos en nuestro modo de estudio y nuestro modo de vida. Eso me quedó de Homero Cuevas, me quedó la postura de una enseñanza que es acorde a la enseñanza de la Universidad Externado: ENSEÑANZA PARA LA LIBERTAD.